

Tinajero, Araceli. *Historia cultural de los hispanohablantes en Japón*. Nueva York: Escribana, 2019. 305 pp.

JOSÉ FRANCISCO REINA OLMEDO
UNIVERSIDAD DE KIOTO, JAPÓN

Este libro traza la huella cultural de los hispanos en Japón, un fenómeno que no por ser, en apariencia, silencioso deja de ser menos relevante en el contexto de creciente multiculturalidad social de nuestros días. Fruto de una ardua investigación que recopila años de vivencias propias y ajenas, se trata de un extenso relato que nos presenta, fundamentalmente, la producción cultural de los latinoamericanos y españoles residentes en Japón en las últimas tres décadas. Nos expone la evolución editorial, asociativa, radiofónica y literaria de esta comunidad, enumerando diversas publicaciones en español, así como aportando datos concretos sobre eventos folclóricos y otras manifestaciones de tipo cultural que se contextualizan con testimonios de algunos de sus protagonistas. Se trata de una guía que sirve de apoyo documental por lo extenso de su análisis y lo detallado de sus entrevistas personales, que reflejan con rigor periodístico cómo ha ido implantándose la comunidad hispana en el Japón de nuestros días.

Es precisamente ese profundizar en el bagaje añadido a lo nipón desde la perspectiva que da el tiempo, desgranando multitud de datos, abarcando un amplio espectro de campos que van desde lo mundano hasta lo intelectual, mencionando distintos canales de difusión e identificando a sus protagonistas con nombres y apellidos, lo que lleva a destacar dos conceptos latentes en toda esta obra: la interculturalidad y la Historia en sí misma. Como rama de la lingüística interesada en los aspectos comunicativos del lenguaje, la pragmática intercultural se ocupa del estudio de los hechos implícitos en el uso de la lengua cuyo conocimiento contextual resulta necesario para el adecuado entendimiento entre dos hablantes de distinta lengua materna. En este sentido, pretende la explicación científica de cómo y hasta qué punto la ausencia de un conocimiento cultural compartido afecta al proceso de obtención y correcta interpretación del significado pretendido en un acto de comunicación determinado. Lo menciono porque estamos ante un proceso adquisitivo al que irremediamente se enfrenta la mayoría de los migrantes cuando residen en un país distinto al de nacimiento y que, además, en Japón cobra una dificultad añadida dado el

carácter homogéneo de su sociedad. Dicho proceso depende de una serie de variables cognitivas y circunstanciales, y suele dividirse en tres etapas:

1. Fase monocultural o de observación, en la que el migrante interpreta el mundo representado por la lengua que constituye el objeto de aprendizaje únicamente desde los parámetros limitadores de su modelo cultural.

2. Fase intercultural, en la que este adopta una postura intermedia entre la cultura de acogida y la propia.

3. Fase transcultural, a la que se llega tras distanciarse suficientemente de las culturas en contacto y desvincularse de sus ataduras conceptuales.

Precisamente en estas dos últimas fases se encuadran los responsables de la producción cultural que aquí nos ocupa, es decir, de lo que crea esa generación de hispanos no nacidos en Japón. Porque, en efecto, el extranjero en cualquier sociedad de acogida se enfrenta a un riesgo existencial: la defensa de su identidad personal ante la realidad circundante. Y eso, en un contexto sociocultural tan fuerte como el japonés, donde en la dicotomía grupo-individuo se impone el primero, tiene un valor especial. *Historia cultural de los hispanohablantes en Japón* contribuye a preservar esa memoria colectiva, además de favorecer el acercamiento de todos aquellos ajenos a la realidad de este país asiático. Tal y como señala el título, el concepto de *Historia* nos invita a reflexionar sobre el origen de todo lo establecido, sobre lo previo que condiciona el presente, sobre lo que han destacado las generaciones anteriores con la intención de que siga siendo transmitido por las siguientes, de esa versión oficializada de los hechos que se fija, perdura y que conforma el trasfondo poliédrico de países y pueblos. Se trata de un relato documental en español que, en definitiva, inició nada más ni nada menos que San Francisco Javier desde que zarpara de Goa y arribara a las costas de Kagoshima en 1549. Él fue el primer hispanohablante que se aventuró por estos lares y narró en sus numerosas epístolas las características de un lugar al que describiría como “aquellas remotas tierras”. Siglos después, ya desde una perspectiva bien distinta a la de aquella época, podemos valorar en su justa medida la repercusión de su visita: marcar la ruta que otros muchos, creyentes o no, seguirían con el paso del tiempo.

No en vano, merecen mención especial los misioneros católicos que, como bien cita el libro, durante siglos fueron el principal lazo de unión entre ambas culturas. Sin desmarcarme del periodo que nos atañe ni dilatarlo en exceso, quisiera destacar el desempeño, la influencia y gran labor de difusión no solo religiosa sino también cultural y social de este colectivo, la función en la sombra que arroja e impulsa proyectos de toda índole, la que numerosos misioneros han venido desarrollando tenaz y humildemente

desde aquel momento hasta nuestros días. Por eso me gustaría citar aquí a algunos de ellos como reconocimiento a los implicados menos mediáticos en toda esta *Historia*: por ejemplo, la española María Victoria de la Cruz García, natural de Málaga, perteneciente a la congregación Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento. Nacida en 1907, falleció en Tokio a los 110 años tras toda una vida de vicisitudes como referente espiritual desde que llegara a Japón en 1936. Fue para todos un modelo en cuanto a esfuerzo de superación personal, capacidad de adaptación al entorno y sacrificio por los demás; Miguel Ángel Aragón Moreno, sacerdote diocesano de Cuenca, que, entre otras muchas obras sociales en sus más de dos décadas en el país, fue quien alentó, impulsó y auspició desde su iglesia de Kobe aquella inquietud informativa de Roxana A. Oshiro que finalmente cuajara en la revista “*Latin-a*”, publicación de carácter divulgativo y con una marcada vocación social; Josep María Abella, natural de Lérida, nombrado recientemente obispo auxiliar de Osaka y que durante años se ha distinguido como miembro activo en la defensa de los derechos humanos y la justicia social en este país; María Corrales, ejemplo de abnegación, sensibilidad y humildad, caracterizada por la asistencia a los más desamparados; el jesuita Generoso Flores, vinculado a la Universidad de Sophia, en Tokio, uno de los más prestigiosos centros de estudio de la lengua española en Japón; el padre Félix Martínez San Martín, claretiano oriundo de Burgos, que atiende la iglesia de la Virgen de Guadalupe en la ciudad de Hirakata, denominación esta nada casual, puesto que este templo fue construido recién finalizada la Segunda Guerra Mundial con donaciones procedentes de México.

En definitiva, este libro honra a todos aquellos hispanohablantes que, por un motivo u otro, emigraron a Japón en los últimos treinta años y que, individual o colectivamente, fueron plasmando su progresiva integración social en forma de manifestaciones culturales diversas. Ese legado, ese rastro cultural conjunto, es el que aquí se recoge, no solo como una mera exposición informativa de hechos, sino más bien como una sutil invitación al lector para que lo enriquezca en el futuro con su propia aportación personal.